

DOMINGO ANTHOMAS Y SÁDABA: JESUITA, CARCARÉS, TEÓLOGO Y ESCRITOR

María Rosario LÓPEZ OSCOZ
@rlopezoscoz@gmail.com

A pesar de ser este jesuita hombre olvidado entre sus paisanos, fue persona muy reconocida en Chile. El año 1850 el historiador chileno José Ignacio Eyzaguirre sobre él decía: "El nombre de Domingo Anthomas es muy célebre en la historia de Chile por los recuerdos venerandos que lleva consigo de virtudes preciosas y erudición espiritual vastísima". Tal afirmación nos llevó a indagar y escribir esta corta semblanza suya.

Domingo Antonio, segundo de ocho hermanos, era hijo de Juan Domingo Anthomas (Anthomas), escribano real, y de María Teresa Sádaba y Martínez, que había nacido en Cárcar el día 13 de junio de 1723. Hacia el año 1728 el matrimonio se trasladó a Cortes con cuatro de sus hijos, para hacerse cargo de la administración de los bienes que en esa localidad poseía Antonio de Idiáquez y Garnica, duque de Granada de Ega, marqués de Cortes y conde de Javier. Según Juan J. Virto, en su libro *Tierra y nobleza en Navarra* (1850-1936), el duque poseía en el pueblo de Cortes unas ocho mil robadas de regadío y diecinueve casas, a las que se sumaban otros bienes repartidos por todo Navarra, entre ellos el castillo de Javier, el palacio de Cortes y el palacio de los reyes de Navarra en Estella. Cinco años permanecerá la familia Anthomas en Cortes, después volverá a Cárcar donde nacerá el octavo y último de los hijos. Poco después y para atender a los intereses del duque, el escribano se instala con su familia en Pamplona.

De este duque fue hijo Francisco Javier Idiáquez y Aznárez de Garro (Pamplona 1711-Bertaglia 1790), jesuita y humanista muy notable, rector y provincial, a quien se llegó a proponer como General de la Orden, persona que a buen seguro influyó en el ánimo y la vocación de nuestro biografiado. Un 11 de abril del año 1739 y con dieciséis años ingresó Domingo en la Compañía de Jesús, provincia de Castilla; el noviciado lo hizo en Villagarcía de Campos (Valladolid) y los primeros votos un 12 de abril de 1741, posteriormente estudió Filosofía en Palencia y Teología en la Universidad de Salamanca.

PROFESOR, MISIONERO Y ESCRITOR EN CHILE

El día 10 de noviembre del año 1747, siendo Domingo todavía estudiante, se embarca rumbo a la América virreinal.

Primeramente vive en la ciudad de Buenos Aires, cinco meses más tarde recibe en Santiago de Chile las órdenes sacerdotales de manos del obispo Juan Bravo del Rivero y el 27 de abril siguiente el padre Anthomas es nombrado profesor de Filosofía y Teología en el Colegio Máximo San Miguel de la capital chilena, además de dedicarse con empeño a otras funciones como predicador y confesor. Se ofrece al entonces administrador y gobernador del reino de Chile, Antonio Guill y Gonzaga, para que le destine a misionar a los indios promaucaes y a la isla de Juan Fernández. Decía el padre Anthomas, que deseaba prestar auxilios espirituales "a aquellos infelices que no oían jamás la Palabra de Dios por falta de sacerdotes". Hacia allí se dirige el jesuita, estancia que apenas dura un año.



El misionero jesuita Père Marquette y los Indios. Raynor Memorial Library, Universidad Marquette. Milwaukee.



Vista aérea de la villa de Cárcar, su localidad natal.
Foto cedida por Alfredo Chalezquer

En la misión de evangelizar el padre Antomas escribe el libro *"Arte de Perseverancia Final en Gracia..."*, de 202 páginas que fue impreso en Lima el año 1766, dedicado a la Virgen María Santísima de la Luz. El jesuita expone allí los motivos que le habían movido tanto a misionar como a escribir: *"inspirasteis también, poco ha, a nuestro muy ilustre Gobernador y vuestro gran devoto el señor D. Antonio Guill y Gonzaga; ya el que en este reino de Chile empezase a fundar algunas congregaciones en honor vuestro, como lo había hecho en otras partes, ya también para que enviase apostólicos misioneros a la isla de Juan Fernández, donde con ser bien grande la necesidad de sus moradores, jamás se había hecho misión alguna. Hicisteis, en fin, que para esta empresa fuese destinado éste vuestro inútil siervo y, allí, después de varios prodigios que obrasteis a favor de los pecadores, le favorecisteis de modo que, falto de libros, lleno de estorvos y sobrado de incomodidades, dispuesto este pequeño Arte que dirigiese a la final perseverancia"*.

Libro redactado por el jesuita carcarés con estilo sencillo. En su crítica a este libro el P. José Toribio Medina afirma: *"ilustrando sus doctrinas con ejemplos deducidos de los hechos ordinarios de la vida, habla con tono persuasivo y familiar; es amable y sabe seducir pues no se encuentran en su libro las amenazas del Infierno tan frecuentemente insinuadas por otros escritores de su índole, ni el prisma engañoso de exageradas promesas"*. Publicación que contó con la licencia del Preósito General, Lorenzo Ricci y del que se hizo una segunda edición en Madrid en 1807, vuelto recientemente a editar. Tras su experiencia en la isla de Juan Fernández, retorna a Santiago de Chile donde escribe otros dos libros que no salen de la imprenta: *Relación del viaje a la isla de Juan Fernandez*, y del fruto que de ella se hace y *Colección de Sermones Panegíricos* y

Morales. Además en Santiago ejerce Domingo de director espiritual de los monasterios femeninos del Carmen y Santa Rosa.

JESUITAS EN EL DESTIERRO

A propuesta del conde de Campomanes y por motivos meramente políticos, el rey Carlos III decreta en 1767 la expulsión de los jesuitas de sus dominios, acusados de ser los instigadores del llamado Motín de Esquilache. Por este motivo toda la Orden al completo tuvo que exiliarse. Como el decreto afectaba también a los jesuitas que se encontraban en América, el padre Antomas tuvo que abandonar Chile junto con otros 351 compañeros. Grupo tan numeroso que fue traído a España y conducido después a Mantua, para terminar residiendo en la ciudad de Imola en los Estados Pontificios. Una vez en Mantua se intentan adaptar a su nuevo y penoso estado, dedicándose principalmente a tareas de enseñanza; como su situación era precaria, languidecen los expatriados ante la imposibilidad de ejercer su ministerio sacerdotal. Un decreto promulgado por del Papa Clemente XIV les prohíbe celebrar misa y administrar los Sacramentos.

En Imola apenas le llegan cartas del exterior. Se ha conservado una de ellas gracias a un pariente y amigo del padre Antomas que la entregó a la Compañía y que probablemente por su singularidad fue impresa (se podría intuir en esta gestión la mano del padre Idiáquez). Dicha carta iba dirigida a una marquesa desconocida de la que al parecer ejercía de capellán y que había ayudado al jesuita en tan delicados momentos: *"Muy señora mía y mi apreciada favorecedora. Cuando mi espíritu débil y cercado de pasiones suspira por*



Portadas de libros del Padre Antomas.

los amables objetos que me hizo abandonar la providencia, puedo asegurar con verdad que no es V.S. quien tiene menos parte en mi corazón. Llegué a España falto de conocimientos y cuando aguardaba todas las calamidades consiguientes a los hombres que vivían en desgracia del mejor de los Monarcas, V.S. con una generosidad digna de sus virtudes, auxilió a este miserable bendiciendo su nobleza los temores de la opinión pública".

La marquesa, señora al parecer muy rica: "Bien veo que la ilustre casa de V.S. descolla entre los más altos capiteles de la opulencia de España", le responde con otras cartas dirigidas a Mantua, pero el padre Antomas trasladado ya a Imola no las recibe. Como viuda en edad avanzada, sin hijos ni familia inmediata, la marquesa le pide consejo sobre su intención de recogerse en un monasterio, viviendo de modo secular, y dejar sus bienes a cargo de su administrador, "para disponer de ellos a la hora de su muerte según las piadosas intenciones que tiene meditadas". El padre Antomas da su aprobación a su ingreso en el monasterio "porque en el estado actual de la Europa me parece difícil la tranquilidad en el siglo; siempre los cumplimientos de etiqueta, debidos a la dignidad de los grandes señores, la conservación de ciertas amistades y tertulias, de que no se puede prescindir, etcétera, han sido los enemigos de la paz y el sosiego, con que, el estado actual de las cosas le hace casi imposible".

Antes de afrontar el segundo de los puntos, le previene: "Espere V.S. que he de hablarle con la mayor ingenuidad: este es mi carácter, y aunque por desgracia no lo fuera, mi edad, mi estado y mi

delicado cargo en que V.S. me pone, me obligarían a responder sin disimulación ni miramiento". No le pone ninguna objeción a la sugerencia de ingresar en un monasterio, "pero en cuanto reservar para el punto de la muerte las disposiciones que me anuncia, jamás será de mi dictamen". Sobre este asunto le da sobradas razones para disuadirla, ya que opina que cuando la persona está para morir tiene menos lucidez y con más facilidad se puede dejar persuadir por otros: "crea V.S. y crea a un hombre que tiene bastante experiencia, que cuando uno está enfermo nada más resuelve que lo que tiene la codicia de sus parientes y allegados. Entonces, todo el mundo está solícito, porque casi todo el mundo es ambicioso". Y llegado a los últimos momentos: "En fin, todas las facultades se reparten, ya entre los dolores que

nos atormentan, ya en el amor a la vida que se va a perder, ya en la dura separación de las cosas que nos han poseído el corazón, y, sobre todo, en el temor del gran paso a la eternidad (...) y a todo esto se une las sugerencias de los asistentes para acabarlo de oprimir. Todos tratan de su interés: cual hace uso de las lágrimas, cual supone más obligaciones mal fundadas, o que no existen, y hasta desde el ministerio de la Religión se abusa con fines ambiciosos".

Y concluye: "Decía pues, Señora, que nada hay más peligroso que no aprovechar los momentos de salud y tranquilidad para formar unas buenas disposiciones. Esto es señora lo que me parece a la consulta de V.S. Puedo haber errado por no comprender su mente, pero V.S. suplirá lo que faltare, o si juzgare útil podrá proponerme las objeciones que hallare conveniente".

La carta se podría considerar una reliquia sobre el carácter del jesuita carcarés. Ocupa una extensión de veintiuna páginas y se custodia en la Universidad de Harvard. Se puede acceder en línea: <https://curiosity.lib.harvard.edu/latin-american-pamphlet-digital-collection/catalog/43-990039525800203941>

POSTRIMERÍAS DEL PADRE ANTOMAS

Será en este escenario de Imola donde el padre Antomas escribe su último libro sobre la Apocalipsis de San Juan, con un largo título Christianus huius saeculi illuminatus per epistolam... Su traducción al castellano del título completo sería: "El cristiano de este siglo, iluminado e instituido divinamente por la Carta de Nuestro Señor Jesucristo, escrita en el capítulo 3º del Apocalipsis a

Domingo Antomas y Sádaba

todos y cada uno de los Ministros de Dios, que por su cargo, instituto o caridad, tiene la cura de almas, y por ellos va encaminada a todas y cada una de las Iglesias de Cristo, Comunidades y Congregaciones. La expone el presbítero y teólogo señor Antomás". De este libro se hará una segunda edición en la imprenta de Saxo de Bolonia en 1786.

Mucho sufrieron estos jesuitas en el exilio, el citado Francisco Javier Idiáquez se desvivía en su condición de Superior por paliar de algún modo la situación de sus compañeros a través de aportaciones económicas de su adinerada familia. La angustia que embarga este grupo de jesuitas puede intuirse en las cartas que uno de ellos enviaba periódicamente a su familia. Era el teólogo chileno, Manuel Lacunza y Díaz (Santiago de Chile, 1731-Imola, 1801). Este religioso, figura muy discutida en su tiempo, profesó en Chile en 1766, un año antes de la expulsión. Inspirado en la corriente milenarista escribe en esa ciudad italiana su polémico libro: *"La venida del Mesías en gloria y majestad"*, prohibido por la Inquisición.

El padre Lacunza da cuenta en sus cartas del lamentable estado psicológico en el que se encontraban todos ellos y cómo era el transcurrir diario de sus vidas. Asegura que se sienten deshonrados, injuriados y calumniados: *"nos vamos muriendo en silencio y en paciencia debajo de la Cruz"*. En una de esas misivas, fechada 9 de octubre del año 1788 y que dirige a su madre, ofrece datos de algunos de sus compañeros, entre ellos el padre Antomas:

"Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido: casi todas las cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por ninguno. Entre tanto nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos los más están enfermos o mancones, que apenas pueden servir para caballos yerbateros (...) Acaba de morir Ignacio Ossa, hermano de doña María, el otro hermano, Martín, ya murió cerca de tres años ha. Antomas, aunque siempre fue loco tolerado, ahora está del todo rematado, ha estado en la loquería pública, más como no es loco furioso lo tenemos ahora entre nosotros, aunque encerrado con llave, porque ya se ha huido..." (Cartas del P. Manuel Lacunza, pag. 215, Juan Luis Espejo).

El padre Lacunza lo dice claramente: Domingo Antomas se había vuelto loco y en su locura había intentado escapar de su triste situación. Al parecer en una de esas huidas llegó a Francia. Walter Hanisch Spinola, en su libro: *"Itinerario y Pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)"*, especula sobre este punto seguramente de forma certera: *"tal vez con deseos de llegar a Navarra su tierra natal"*. Muchas veces debió pensar el padre Antomas en cómo huir,



Grabado representando al Padre Manuel Lacunza.

buscando desesperadamente el amparo de su familia, aun cuando esto suponía arriesgarse a ser detenido y a perder incluso la pequeña pensión. Nos lo imaginamos escondido y agazapado por montes y caminos, salvando todo tipo de obstáculos, buscando con anhelo llegar a Cárcar, su patria chica, y el amparo de los suyos. Lo cierto es que fue descubierto y, demente, volvió de nuevo a Imola. Muy probablemente y a consecuencia de su triste situación, un 17 de enero del año 1792 y a la edad de setenta años, allí acabó sus días el padre Domingo Antomas y Sádaba.

SU RECUERDO EN CÁRCAR

A su muerte los padres del jesuita fundaron un aniversario en Cárcar y con este motivo hipotecaron una casa de su propiedad, muestra del vínculo que la familia mantenía y mantuvo con su pueblo, hasta mucho después de la muerte de todos ellos. Las misas las dijo, sin duda, Manuel Antomas, hermano de Domingo, que durante muchos años ejerció como presbítero beneficiado en la iglesia de San Miguel de Cárcar. Sacerdote que con dolor recordaría la figura de su hermano jesuita, aquel que un día salió muchacho de un pueblo de Navarra y en Italia acabó desterrado y loco, añorando su patria chica y el calor de sus vecinos.

La autora investiga acerca de la historia de Lerín y Cárcar y desarrolla el blog: *Legado de Cárcar*.